

se desvió muchas veces de su objeto: la mayor parte de los señores menospreciaron los derechos de sus subordinados, porque no había poder superior que los obligase á respetarlos: los mas pequeños señores feudales se convirtieron en tiranos, y los vasallos inferiores, reducidos al estado de siervos, gimieron bajo el peso de un duro y largo despotismo.

Y no se estableció solamente en Francia el sistema feudal: en Inglaterra fué fundado con notable regularidad despues de la conquista de los normandos, y la Escocia lo tomó de Inglaterra. Los normandos que lo introdujeron en Italia, lo hallaron ya establecido por los lombardos de Benevento. Al parecer entró en las provincias septentrionales de España al mismo tiempo que en las del mediodia de Francia, mas aquí se conservaron en todas épocas muchas propiedades libres y se extendió mas particularmente en Aragon. Los feudos no estuvieron muy en uso en Castilla ni en Portugal. En el norte y en el este de Europa, en Suecia, Dinamarca, Bohemia y Hungría, no se arraigó mucho el feudalismo; donde reinó principalmente fué en Francia y en Alemania, mas al poco tiempo produjo en dichos países diferentes resultados. En Francia el poder real, casi aniquilado por el feudalismo, realzóse luego y sostuvo contra tan terrible rival una lucha perpétua, pero siempre victoriosa. En Alemania la autoridad soberana, unida y fuerte al empuñar el cetro la dinastía sajona, se mantuvo por algun tiempo con esplendor muy grande, y el emperador pudo reservarse el privilegio de conceder á su voluntad las primeras dignidades del estado que en Francia eran hereditarias. Mientras en este reino se alzaba el trono, todo habia cambiado ya de aspecto á la otra parte del Rhin. Veremos que el turbulento carácter de los príncipes alemanes, la lucha del sacerdocio con el imperio y las desastrosas guerras contra la Italia, prepararon esa completa independéncia, ese omnipotente influjo de los grandes feudatarios, que llevado á su colmo en el siglo duodécimo tercero, redujo al emperador á la condicion de un gefe de confederados, mientras que el rey de Francia aspiraba á alcanzar un poder absoluto.

XI.

Sesenta y ocho años despues de la muerte de Alfredo el Grande de Inglaterra, y en el reinado de Etelredo II, volvieron los daneses á empezar sus ataques. Suenon y Otal reyes de Dinamarca y de Noruega, obligaron á los Ingleses á rescatar su libertad aprontando un impuesto llamado el *danegeld* (dinero de los daneses). Etelredo pensó eximirse de él mandando asesinar á los daneses establecidos en sus estados, mas una espantosa invasion vengó tan horrible perfidia, y las ciudades fueron incendiadas, degollados sus habitantes en las iglesias donde buscaban asilo, el mismo Etelredo arrojado de Inglaterra y Suenon se apoderó de su corona. La nueva dinastía dió á la Inglaterra un príncipe ilustre que fué Canuto el Grande, hijo de Suenon, quien reinó simultáneamente en la Escandinavia y en la Gran Bretaña. Su matrimonio con la viuda de Etelredo, el restablecimiento de las leyes de Alfredo y la suavidad de su gobierno le atrajeron el afecto de vencidos y vencedores; y los ingleses marcharon á sus órdenes para emprender la conquista de la Noruega. Canuto, orgulloso con su poder, tomó el título de emperador del Norte y rey de reyes: el papa á quien visitó en peregrinacion, y Conrado, emperador de Alemania, solicitaron su amistad. Al morir dejó tres coronas á sus tres hijos Suenon, Hardi—Canuto y Haroldo, mas estos príncipes guerrearon encarnizadamente entre si por espacio de seis años, y ocurrida la muerte de los dos últimos y la retirada de Suenon á Dinamarca, el cetro salió de las manos de la dinastía danesa, volviendo á la antigua raza sajona en la persona de Eduardo el Confesor. Este príncipe educado en Normandía, introdujo en sus estados el idioma, los hábitos y las costumbres de los normandos franceses, y su admision á los cargos civiles y eclesiásticos preparó la conquista consumada en el reinado de su sucesor.

XII.

Los Northmans ú hombres del norte eran oriundos de la Cimbria y de la Escandinavia, que hoy forman los tres reinos de Dina-

marca, Suecia y Noruega. Descendian de la misma raza que los francos y los anglo-sajones pero la conversion de esos pueblos al cristianismo habia roto todos los lazos de fraternidad que los unieron con las tribus escandinavas. Los Normandos, en el siglo octavo, fieles todavia á sus antiguas tradiciones, adoraban á Odin, legislador del país de quien habian hecho su Dios supremo. Segun la mitologia escandinava, Odin habita con su esposa Frigga en una ciudadela inaccesible á todos los ataques de los genios maléficos. Thor su hijo y, despues de él, el mas esforzado de los dioses y de los hombres, lleva sendas manoplas de hierro y va armado de una robusta clava para desnucar á sus enemigos. Thor es el primero de los ases, individuos de la divina raza de Odin que presiden el destino de los hombres, sostienen el valor de los combatientes, é inspiran á los bardos cantos belicosos para regocijar á los valientes despues de la victoria. Odin envia en medio de las batallas á las vírgenes Walikrias para elegir á los guerreros que han de morir y guiarlos despues al angosto puente que conduce al cielo y cuya parte visible es el arco iris. Ellas son tambien las que en sus copas vierten á torrentes cerveza y agua-miel, mientras inmolan en su honor un maravilloso jabalí que renace cada noche despues de haber servido de alimento á Walahlla. Mas los cobardes regresan al imperio de la muerte, donde los esperan el palacio de la angustia, la mesa del hambre y el lecho de la flaqueza.

Esta religion guerrera inspiraba á los normandos gran desprecio á la vida y un valor invencible: luchar en fuerza y agilidad, trepar por las rocas, correr sobre el estrecho borde de un esquife, saltar de uno á otro punto, siguiendo el movimiento regular de los remos, arrojar dos venablos á la vez, batirse con igual destreza con ambas manos, atravesar á nado un trozo de mar, domar un corcel rebelde y beber cerveza en el cráneo de un enemigo: tales eran los pasatiempos del pirata que moria sonriéndose, y hallaba en lo mas recio de la batalla todos los encantos de una jóven esposa. Diseminados los normandos por el litoral de la Escandinavia bajo un cielo frio y encapotado, y en una tierra árida é ingrata que podia apenas alimentar á sus habitantes, esperaban con impaciencia en sus ahumadas cabañas el final de los largos meses del invierno. Luego que la primavera franqueaba el mar á sus canoas, los

hijos menores del soberano, excluidos por el mayor de la herencia, paterna, iban en busca de otro dominio y de otro trono. Reuníanse á ellos sus mas animosos compañeros y se lanzaban todos sobre sus caballos á la vela, que con tal nombre designaban á sus naves. Uno mismo era el gefe que los acaudillaba despues de desembarcado; aclamábanle rey, título efectivo únicamente en el mar y durante el combate, puesto que llegada la hora del festin sentábanse todos en círculo, y el cuerno lleno de cerveza pasaba de mano en mano sin distincion de primero ni último. Al rey de la mar ó rey del combate, seguíanle fielmente por todas partes y le obedecian con celo porque siempre era tenido por el mas valiente, y jamás habia dormido bajo techado, ni bebido al amor de la sombra. Poco importaba á los piratas cual fuese el país destinado á sus correrias, y por esto lanzaban al mar sus esquifes abandonando al viento su direccion y algunas veces embarcados enmedio de una desecha borrasca, vogaban alegremente bajo la proteccion de las tempestades. Tales eran los temibles piratas que despues de aterrorizar con sus devastaciones y crueldades todas las playas de Europa, fundaron en ellas numerosos, vastos y pujantes dominios.

Con el nombre de Waregnes echaron en Novgorod y Kief los primeros cimientos del imperio ruso: la Islandia cayó en su poder en 874; las islas Británicas vieron renovadas por ellos las calamidades de la invasion sajona: en Irlanda, hácia 796, fundaron ó conquistaron las ciudades de Waterford, de Dublin y de Simerik: las Orcadas, las Hébridas, las Shetlan fueron por ellos invadidas, y tambien hicieron desembarcos en España que fué defendida por los musulmanes. Los estados carlovingios expuestos á los ataques de los piratas en trescientas leguas de costas, debieron ser principalmente el blanco de sus expediciones; pero el genio de Carlomagno retardó algun tiempo sus avenidas, para lo cual se equiparon gran número de buques y se construyó el faro de Calígula. No obstante, un dia en que Carlomagno distinguió cerca de un puerto del Mediterráneo los prolongados buques de los hombres del norte, no pudo contener las lágrimas que le arrancaba, no su temor, sino la consideracion de los males que esa gente causaria á sus nietos y á sus pueblos. En efecto, la muerte de Carlomagno debia ser la señal de la segunda invasion, pues desde ella los desembarcos de los

normandos fueron frecuentes ó mas bien continuos, hasta su definitivo establecimiento en la Neustria.

Los sucesores de Carlomagno llamaron á estos bárbaros, y con una imprudencia incomprensible les hicieron intervenir en sus guerras particulares. Desde el año 830, una cuadrilla de piratas se estableció junto á la embocadura del Loira en la isla de Her, que tomó el nombre de Noirmontier, de un monasterio que incendiaron. Este fué el primero de sus apostaderos, de donde salían para remontar los ríos y á donde llevaban el botín. Otra isla que les entregó Lotario I á la embocadura del Escalda, vino á ser una de sus principales guaridas y se enriqueció con los despojos de toda la Francia occidental. Hastings, de origen franco que habiendo huido de la casa paterna se hizo pirata, remontó el Loira, saqueó á Amboise, se apoderó de Nantes y llevó hasta Italia sus devastaciones: al sur de la Francia, las márgenes del Charenta, del Garona y del Adour, fueron asaltadas y Burdeos saqueada tres veces: Rouen habia sido tomada en 841: cuatro años, despues Regnardo Lodbrock, llegó á los muros de Paris y, hallándola sin defensa, saqueó la ciudad; y Cárlos el Calvo no atreviéndose á combatir, pagó con una suma considerable la retirada de los normandos, que juraron por sus dioses y sobre sus armas no volver nunca; pero doce años despues aparecieron en mayor número é incendiaron la iglesia de Santa Genoveva. El valiente duque de Francia, Roberto el Fuerte, que muchas veces habia rechazado de la Lorena á los normandos, pereció al oponerse á una nueva invasion. En fin, en 885, Sigifredo se presentó delante de Paris al frente de setecientas barcas, y aunque el obispo y Eudo, conde de Paris, se defendieron intrépidamente, el cobarde emperador Cárlos el Gordo que habia corrido á su socorro con un numeroso ejercito, no atreviéndose á dar la batalla, firmó un tratado vergonzoso.

Entre tanto, los normandos hartos de pillage y cansados de sacar tributos, pensaban pedir tierras y dominios. Rorico uno de los piratas del Escalda, habia alcanzado ya de Cárlos el Calvo el ducado de Irisia, mientras otro caudillo llamado Rollon, remontando el Sena se apoderó de Rouen. A esos hombres, arrojados del pais nativo por la esterilidad del suelo y el rigor del clima, los aquejaba la necesidad de una patria, y Cárlos el Simple comprendiendo el

único medio de poner á Paris y á su reino al abrigo de nuevos saqueos, firmó un tratado en Saint Clair por el cual otorgó á Rollon la mano de su hija Gisela y la ciudad de Rouen, con la parte occidental de la Neustria. Rollon fué á un mismo tiempo cristiano y duque de Normandia, cesando las devastaciones de los hombres del norte en aquellas riberas. Reedificáronse las iglesias y abadias destruidas; se restauraron las murallas de las ciudades; una severa policia atajó el latrocinio, y todo aquel pais volvió á ser una rica y floreciente provincia.

Establecidos los normandos en la Neustria por medio de la conquista y de la victoria, sintieron desde luego el influjo de la Francia; arraigáronse allí las instituciones feudales; el clero francés ejerció una accion muy poderosa sobre los bárbaros convertidos, y la Normandia, á pesar de su origen extranjero, vino á ser en pocos años una provincia francesa. Sin embargo los hombres del norte no habian perdido enteramente su caracter aventurero, y la Neustria fué para ellos un gran apostadero de donde salieron al principio del siglo undécimo los fundadores del reino de Nápoles y los conquistadores de Inglaterra.

El sexto duque de Normandia Roberto el Liberal, despues de haber conquistado el Vexino francés y sometido á sus indóciles vasallos, acababa de emprender una peregrinacion á pié y descalzo hácia la tierra santa, dejando el ducado á su hijo natural Guillermo el Mozo. El clero al levantar su voz en medio de las guerras feudales para predicar la *tregua de Dios*, protegió la minoria del nuevo duque contra la ambicion de los señores, y Guillermo dotado de toda la energia de sus ascendientes, dió luego á conocer que habia nacido para alguna empresa notable. A los veinte años era reputado por el mas temible caballero de Francia y se descubria en él aquella fria crueldad que la sangre de los piratas transmitió á su raza. Algunos militares de Alenzon se habian atrevido á echarle en cara la humilde y oscura cuna de su madre, y Guillermo se vengó tomando la ciudadela por asalto, haciendo cortar manos y piés á todos sus defensores y arrojando sus ensangrentados miembros por encima de los muros de la ciudad.

Habiendo muerto sin hijos Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra, Guillermo pariente lejano de este príncipe reclamó la corona